

MACHADO, EN BAEZA

El profesor iba al encerado para explicar un diptongo, o pasaba la vista con curiosidad sobre lo más explosivo que existe cuando está en manos de un artista adolescente el soneto. Los catorce versos habían sido compuestos en honor de Abelardo y Eloísa y se hablaba, claro es, de «fuego devorador».

–Y es muy grande el incendio, amigo Laínez?... (Marcaba mucho el acento en la i). Mire, un consejo: no escriba sonetos si no le es muy necesario...

Laínez era Rafael Laínez Alcalá, hoy catedrático de Historia del Arte de la Universidad de Salamanca, que escribe: «Le veo con su «torpe aliño indumentario», apoyado en fuerte cayada, grandes zapatos, amplio abrigo, cuello de pajarrita, grueso nudo de corbata. Los estudiantes sentíamos mucho respeto por este profesor serio y tierno».

Octubre de 1917. Hacía diez años que había publicado *Soledades, galerías y otros poemas*, mostrando su preferencia por una poesía emocional, íntima, lírica:

Yo voy soñando caminos de la tarde...

Después de clase, pasaba un rato en la tertulia de Almazán, farmacéutico y profesor de gimnasia del instituto.

*Se platica
al fondo de la botica.*

Y, al día siguiente, otra vez:

–Señor Gutiérrez.

–Presente.

–Sobre la muerte, señores, hemos de hablar poco. Sois demasiado jóvenes...

A pesar de su tristeza, sabía sonreír; y si algún agorero amenazaba su tarde, escribía en su cuaderno: «Dadme cretinos optimistas».

–¿Ha comprendido usted, señor Martínez?

–Creo que sí.

–Pues escriba en la pizarra: «Los eventos consuetudinarios que acontecen en la rúa». Ponga esto en lenguaje poético.

Solía vérselo en el Paseo de las Murallas, o al fondo de una plazuela, o junto a un edificio gótico, cuando no paseando por la carretera donde contestaba el saludo de los discípulos llamándoles a todos por sus nombres como si pasara lista.

Aquel catedrático y poeta vivía con su madre en un entresuelo del Prado de la Cárcel, frente por frente de la prisión, hoy Ayuntamiento. Llevaba a clase un librito que dejaba sobre la mesa. Algún alumno espía el título. Era el *Diario de un poeta recién casado*, de un autor nuevo e ignorado: Juan Ramón Jiménez.

Don Antonio Machado, en Baeza, daba su clase, leía, caminaba.

*Tiene Cazorla nieve,
y Mágina, tormenta,
su montera, Aznaitín...*

A veces llegaba hasta Úbeda que está a nueve kilómetros.

–¿Por qué va tan lejos?

–Dice que va a comprar cerillas.

ANTONIO DE OBREGÓN

(ABC, Madrid, 10 de octubre de 1963)